

LECCIÓN 8.ª EL HECHO PNEUMÁTICO

Sólo Cristo resucitó definitivamente, y así es el «primogénito de entre los muertos» (Col. 1:18; Apoc. 1:5). El ganó la victoria final sobre la muerte y el diablo (Hech. 2:24). En Cristo ha habido resurrección. Esta es el ancla de nuestra fe, pues si Cristo no hubiera resucitado —afirma S. Pablo— vana sería nuestra esperanza.

Esta resurrección es el punto de partida de toda la vida cristiana y de todo el pensamiento cristiano. La batalla decisiva ha sido ya librada, y ella permite la predicación gozosa y segura del Evangelio. La batalla decisiva se libró en la muerte y resurrección de Cristo. «Sólo queda por venir el "Día de la Victoria" ("Victory Day")», en expresión de Cullmann.

1. El poder de la resurrección

Aunque privado de su cuerpo, el cristiano ha sido tomado por el Santo Espíritu de Dios, es decir, por el poder de la resurrección (Rom. 6:3 ss. Cf. 3:3 ss.), si realmente ha sido regenerado. La «dormición» es, pues, tal en el Espíritu Santo y lleva al difunto creyente a la presencia de Cristo, incluso en esa situación expectante de la «Parusia» final. Los muertos que, desde ahora, mueren en el Señor, pueden con razón ser llamados «bienaventurados» (Apoc. 14:13), es decir, felices.

Existe un cierto paralelismo —más en la forma que en el fondo— entre la doctrina griega de la inmortalidad del alma y este estado intermedio por el que «el hombre interior» (para usar terminología novotestamentaria —Rom. 6:3 ss.—), transformado por el Espíritu Santo y desgajado del «exterior» (el cuerpo), continua viviendo junto a Cristo. Ciertamente, esta continuidad de la vida está enfáticamente expuesta en el Nuevo Testamento (Jn. 3:36; 4:14; 6:54, etc.), pero no se produce en aras de una supuesta dicotomía en el ser cuerpo - alma del hombre, puesto que tal dicotomía no es bíblica. Es más bien una síntesis de cuerpo-alma lo que insinúa la enseñanza de la Escritura.

La diferencia entre la concepción bíblica y la griega sigue siendo radical, y arranca desde sus mismos fundamentos hasta alcanzar a las consecuencias. El estado de los muertos en Cristo no deja de ser una situación provisional, en la que la personalidad no es todavía perfecta por falta de uno de sus elementos —situación de «desnudez», de dormición, de espera y de tensión escatológica—. Por otro lado, la muerte, mientras no llegue el «Día de la Victoria», sigue siendo el gran enemigo, el postrero que ha de ser derrotado. Por otra parte, si los muertos viven con Cristo, esto no corresponde —como es el caso de la formulación platónica— a la esencia misma del alma, sino que se debe a una intervención divina, que obra desde fuera por el poder de la muerte y resurrección de Cristo, por medio de su Santo Espíritu, que ya resucitó al hombre interior durante la vida terrena, antes de la muerte, en el momento de la conversión del pecador y por medio de la acción milagrosamente poderosa del Señor.

Hallamos en Romanos 8:11 un resumen de todo lo expuesto: «Y si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de los muertos mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.»

2. El poder del Espíritu

Lo que cuenta, pues, en definitiva es la posición del Espíritu Santo que Dios da a todos cuantos se abren a la acción del Evangelio. Vivir en Cristo, ser habitado por El, servir de templo a su Espíritu, es lo que constituye la garantía, más aún, las «arrasa» o «primicias» —como dice Pablo— de la posesión final de un cuerpo de gloria, resucitado. Y ya aquí, y ahora, es factible saborear la vida eterna (Jn. 5:24), así como después de la muerte, puesto que, en la situación de los que duermen» junto a Cristo, nos acercamos igualmente al gran día de la renovación de todas las cosas, porque vivir con Cristo, en el poder de su Espíritu, es estar junto a aquel que hará posible el gran «Día del Señor», y nos le acerca en cada momento más y más. ¿Quién sino El nos libraré de este «cuerpo de muerte»? El, que renueva nuestro hombre interior, transformará nuestros cuerpos carnales en cuerpos espirituales; es decir, que una materia viviente, penetrada hasta lo más íntimo por el Espíritu de vida, sustituirá a la materia de la muerte; un cuerpo vivo, a un cuerpo decadente.

Esta es, en consecuencia, la súplica del apóstol por los efesios, que nosotros deseáramos hacer en favor de todos los hombres; especialmente en favor de nuestros queridos compatriotas: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu: para que habite Cristo por la Se en vuestros corazones... para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef. 3:14-19).

3. El poder de Cristo

El mensaje cristiano, sin embargo, no sólo presenta este esperanzado porvenir para cuantos lo acogen con fe en sus corazones y viven de él y por él, sino que incluye, al mismo tiempo, una seria advertencia a cuantos lo rechazan. Porque si vivir en Dios por el poder de su Espíritu significa situarse en el ámbito de la vida y de la inmortalidad —tanto en el estadio intermedio como en la eternidad después de la resurrección—, el rechazo equivale a un desplazamiento que ^{dos} sitúa en el reino de la muerte, de la condenación.

El creer en Cristo presupone ambas cosas, si hemos de ser consecuentes. De la misma manera que no podemos escoger del «Credo» alegremente lo que nos gusta, separándolo de lo que nos desagrada (como hacen muchos de los entrevistados por "Gironella"), así tampoco podemos escoger una eternidad inmortal, desechando a nuestro antojo la severidad del «Día de Yahveh»: ¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye: de delante del león, y se encuentra con el oso...» (Am. 5: 18. 19).

Si creemos a Cristo cuando nos habla tocante a la sal-i vacien, hemos de darle crédito también cuando nos enseña acerca de la condenación de los que persisten en su impiedad e incredulidad. La parábola del rico y Lázaro es tajante en este sentido: «... aconteció que murió el mendigo —concluye el relato— y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fue sepultado- Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham. y a Lázaro en su seno» (Lúc. 16: 22, 23).

«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria —dijo Jesucristo de si mismo— ... serán reunidas delante de él todas las naciones: y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos..., e irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eternas (Mat. 25:31, 32, 46).

Todos estos textos nos aclaran que así como existe un estado intermedio y una felicidad eterna para los creyentes, hay también una realidad miserable que aguarda a cuantos mueren sin Cristo, una miseria que desembocará en la eterna condenación.

Esta doctrina —como muchas del Evangelio— no está de moda en nuestros días. En la Edad Media se predicó en demasía la justicia divina que castiga, y muy poco acerca del amor de Dios que perdona y salva.

Hoy el péndulo oscila hacia el otro extremo.

Llegados a este punto, la escatología personal se inserta en la eclesial y cósmica, por lo que, tras haber consi-, derado la esperanza del individuo, abordaremos el tema de | la esperanza de la Iglesia y la del mundo.

Porque no sólo hay un fin para cada persona, sino que el presente estado de cosas es asimismo precario y habrá de llegar a un momento final. La historia de la humanidad —tanto como la de cada ser humano— tiende a unas metas, a una consumación final. «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad...: porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rom. 8:19-21). La historia no está cerrada, o replegada, sobre si misma; la historia avanza, en tensión constante y creciente, hacia un climax señalado por Dios.